

¿Y el Pueblo?

(Publicado en El Deber el 26 de julio de 2003)

Rubens Barbery Knaut

La sacrosanta cantaleta de invocar la participación del pueblo como requisito indispensable en todos los aspectos del accionar público ya se eleva como dogma de fe. La creencia de que todos los males que nos aquejan se solucionan mágicamente a través de la inclusión de mecanismos de participación y consulta parece ser el nuevo paradigma de la cultura del milagro que gobierna a la sociedad boliviana. El pueblo se transforma así en la imagen divinizada que conoce todo, sabe todo y soluciona todo. Es a través de esta categoría general que se busca la absolución de los pecados individuales y el acercamiento de lo divino a la tierra.

El “pueblo” debe participar (ya sea a través de un referéndum, consulta popular, reuniones, talleres, etc.) en las decisiones de cómo, cuando y donde ejecutar todas las políticas públicas. No importa el grado de conocimiento e información disponible, basta con legitimizar con el voto y la participación para “fortalecer la democracia”. La eficiencia del sistema no importa, siempre y cuando todos seamos responsables del naufragio nos hundiremos con una sonrisa en la boca.

Lo paradójico: ¿para qué entonces elegimos representantes? ¿Serán solamente para diseñar consultas, organizar reuniones, ejecutar encuestas y demás mecanismos de participación que la imaginación permita? ¿Y cuándo trabaja el ciudadano? ¿Cuándo comparte con sus hijos y aprovecha su tiempo libre? Me resisto a realizar las funciones para las cuales he elegido a gobernantes que son los que deben tomar las decisiones y por lo cual reciben un sueldo.

La democracia se fortalece cuando cada ciudadano y cada institución realiza adecuadamente la función que le corresponde, no cuando todos hacemos todo. La eficiencia del sistema democrático depende de que las decisiones sean tomadas por aquellos que más conocen del tema, ¿no es acaso este el motivo del porque queremos un gobierno compuesto por personas “idóneas”? Las virtudes de la participación llevadas al absurdo debilita la democracia y la transforma en lo que Borges llamaría como “un abuso de la estadística”.